

LA ÚLTIMA NOCHE

Enrique Jaramillo Levi

La tarde se fue desplazando con la lenta monotonía de otros tiempos, cuando la capacidad de apreciación y análisis de aquel hombre aún yacían adormecidos por la ignorancia propia de un ser raigalmente sencillo. Pero ahora fue capaz de entender a fondo, acaso por primera vez, que desde hacía muchísimos años vivía en un sitio privilegiado por Dios o por la simple naturaleza, y que el paso de una hora a otra más avanzada guardaba similitud con el reflejo de un estado de ánimo infinito que se movía de la vehemencia diurna a la monotonía de un anochecer inminente. Porque cuando llega finalmente la noche, como cuando arriba la madurez y más tarde los años de una edad más avanzada, la percepción de las cosas se unta de esa misma falta de luz que pernea ahora las últimas horas de la tarde, impidiéndole captar en todo su esplendor las últimas minucias del día, sus implicaciones, las posibles consecuencias. En la distancia, el sol

se ponía con cierta majestuosidad untuosa tras las montañas, y sin duda ese era un espectáculo hermoso, digno de sus años, digno sin duda de cualquier edad. Ya no distinguía bien la forma de los árboles que poblaban el jardín, esos que él mismo, de niño, había sembrado a instancias de su padre en épocas ya remotas y siempre memorables. Tampoco podía ya distinguir, por más que mirara fijamente y esforzándose, la calidad de la roja tierra suelta de los nuevos sembradíos que junto a su nieto había dispuesto en días anteriores. Sin duda las deficiencias de su vista cansada tenían mucho que ver con el fenómeno, que apenas meses atrás no había percibido, pero tenía la impresión de que también era cierto que ahora oscurecía más temprano a pesar de que el invierno seguía vigente en la región, pese a que no era propio de la época que algo así ocurriera. Y al principio sintió un inédito temor recorriéndole de forma descomedida la piel, yéndosele así hacia adentro, llegando poco a poco sin anunciarse hasta la médula de sus huesos. Se había distraído un segundo, y cuando volvió a mirar en lontananza ya no había montañas lejanas perfilándose, ni más cerca de él árboles parcialmente sembrados por sus manos e ilusiones, pero ya para entonces se sentía en paz con el mundo y consigo mismo. Ahora las luciérnagas revolotean cerca sin demasiada cautela, se escucha el sonido enmarañado de los grillos en alguna parte, y hay un momento en que la mente, titilando con indeseada timidez en su vacío ámbito, se le queda en blanco anunciando una etapa inédita en su ya larga existencia, una franja deshabitada

de recuerdos a la que, sin reconocerlo abiertamente, había temido toda su vida. Entonces viene el sueño, y en su suave madeja se aposentan los viejos fantasmas familiares invitándolo sin mayor protocolo a compartir su compañía. Hilario Andrés Araujo ya no ve cómo la oscuridad de la última noche lo rodea suave pero decididamente, apropiándose por completo pero sin prisa de cada cosa conocida a su alrededor, borrando sus contornos, respetando no obstante ese sagrado espacio propio en el portal de su casa iluminado por el débil foco que pende del techo de adobe, ese sitio de infinita quietud donde hasta hace un instante se columpiaba en la vieja mecedora entrañable de mimbre fabricada por sus manos, pero desde luego ni remotamente tan vieja como él.

EN LA FILA

Enrique Jaramillo Levi

Cada tanto tiempo, como quien no quiere la cosa, me le quedo mirando. Esperando turno más adelante en la fila, finge que no me ve pero después de un rato voltea con disimulo la cabeza y sé que su mirada adusta siente el fulgor de mis ojos escrutándolo. Aún así vuelve a hacerse el desentendido y mira a otra parte. Una y otra vez ocurre lo mismo. Hasta que al fin nos saludamos y nuevamente aparta la mirada. Es como un juego esto que nos sucede, que permitimos e incluso propiciamos. Sin duda él pensará que soy yo la que lo incita, y sin embargo estoy segura de que sin su presencia demasiado cercana mi corazón no estaría desbocándose más y más cada minuto que pasa. Si él no se acerca después que lo atienda el cajero lo haré yo. No me importa ya cubrir las apariencias, ya nada me importa. Sólo él. Estar con él. Ser suya. Ese hombre me vuelve loca, y

4 DE 6

Dos cuentos de Enrique Jaramillo Levi (Colón, 1944).

© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #47 | ABR. - MAY. 2012

eso que no me ha puesto un dedo encima todavía. Pero lo hará, juro que lo hará, la mano entera, ambas manos, y yo a él, y ya nada será igual después. Nunca más volverá a ignorarme, nunca.

Ya no aguanto esta situación. Ella debería aceptar y respetar que soy un hombre felizmente casado. Recién casado además. Lo sabe muy bien. Más de una vez, al encontrarnos e intercambiar palabras en el súper o en el elevador del edificio, como al azar lo he mencionado. Pero ella finge no saberlo, o no le importa. Es verdad que no conoce a Mariana, pero bueno, eso nada tiene que ver. Siempre se me queda mirando a los ojos. Y lo hace de una manera osada, insistente, irrechazable. Como ahora. Con intención, como llamándome. Es como si me dijera “Olvídate de todo lo demás, aquí estoy yo, esperándote, manifiéstate de alguna forma.” Las mujeres son terribles, coño. No, no voy a ceder a la tentación. Su mirada es fuerte y me busca, pero no voy a darle el gusto. Apenas me despache el cajero me hago el desentendido y salgo del banco sin despedirme. Lo que menos quiero es verme obligado a hablar tonterías con ella frente a toda esta gente. Porque, ¿qué puede uno platicar con una mujer como esa con medio mundo oyendo? Incluso estando solos, aquí o en cualquier parte. Lo que provoca es comérsela a besos, entrar en ella como en un paraíso perdido y súbitamente recobrado para siempre.

Pero antes de que ella se acercara decidida al hombre o que éste lograra hacerse el loco y salir sin saludarla, el escritor, quien estaba más atrás en la misma fila, al reconocer a una de las

cajeras dejó de imaginar la historia que desde hacía rato creaba y se distrajo recordando cómo meses atrás la hermosa muchacha, alumna suya en la universidad, había preferido salir con un chico de su edad tras haber aceptado antes su invitación a cenar. Aparte de la diferencia de edad entre ambos pretendientes, nunca supo por qué ella había cambiado súbitamente de opinión y lo dejó plantado. No la volvió a ver, hasta ahora. Entonces pensó que también en esa aparente simpleza había una historia agazapada, esperando ser descubierta y materializada en palabras. Era cuestión de proponérselo. Quiso retomar el hilo de la otra historia pero se dio cuenta de que, para su sorpresa, los modelos que había escogido para sus personajes anteriores ya no se encontraban en el banco. Además, el cajero le acaba de inquirir por segunda vez: “¿Dígame, caballero...?” Lástima que no se puso, como otras veces, en la fila de los jubilados, se dijo. Ya me estaría atendiendo mi preciosa ex alumna. Tal vez en esta ocasión sí habría salido conmigo. Y después, quién sabe, ¿por qué no?

Cuando el cajero le preguntó por tercera vez qué servicio necesitaba, con la mente en blanco supo que había olvidado por completo lo que había ido a hacer ahí.